uno con lo otro, y se revela una red de conexiones que emparentan comercio de plaza con teatro, trochas muleras con proyectores de cine, banqueros con tipógrafos, compañías de zarzuela con ganaderos y agricultores.

Dije atrás que el libro tiene sus paréntesis: las guerras civiles políticas. En el siglo XIX fueron varias y se insertan aquí entre capítulos para explicar que la aparición de cada una de ellas ponía la vida en pausa y dejaba una suerte de lastre o estela. Aunque, a la larga, lo de las guerras no se sale del todo de la hipótesis central: matarnos ha sido también una actividad económica propia, y el lector encontrará que unos instrumentos de banda militar dejados al garete por una guerrilla en fuga, pueden ser la semilla de la papayera sabanera actual.

El registro de la prosa se formula para este libro como una charla narrada, en lo que el autor es muy bueno. Y al conversar eso se vale: **quien habla trae al cuento algo que no es propiamente el cuento,** pero que tiene todo que ver con el cuento, y después de un rato redondea, regresa y retoma donde iba.

Esa es la clave en la que se mueve la obra. Podría señalarse que el texto a veces pierde el foco y el autor se va a la deriva, pero es más una virtud que un defecto. El registro de la prosa se formula para este libro como una charla narrada, en lo que el autor es muy bueno. Y al conversar eso se vale: quien habla trae al cuento algo que no es propiamente el cuento, pero que tiene todo que ver con el cuento, y después de un rato redondea, regresa y retoma donde iba.

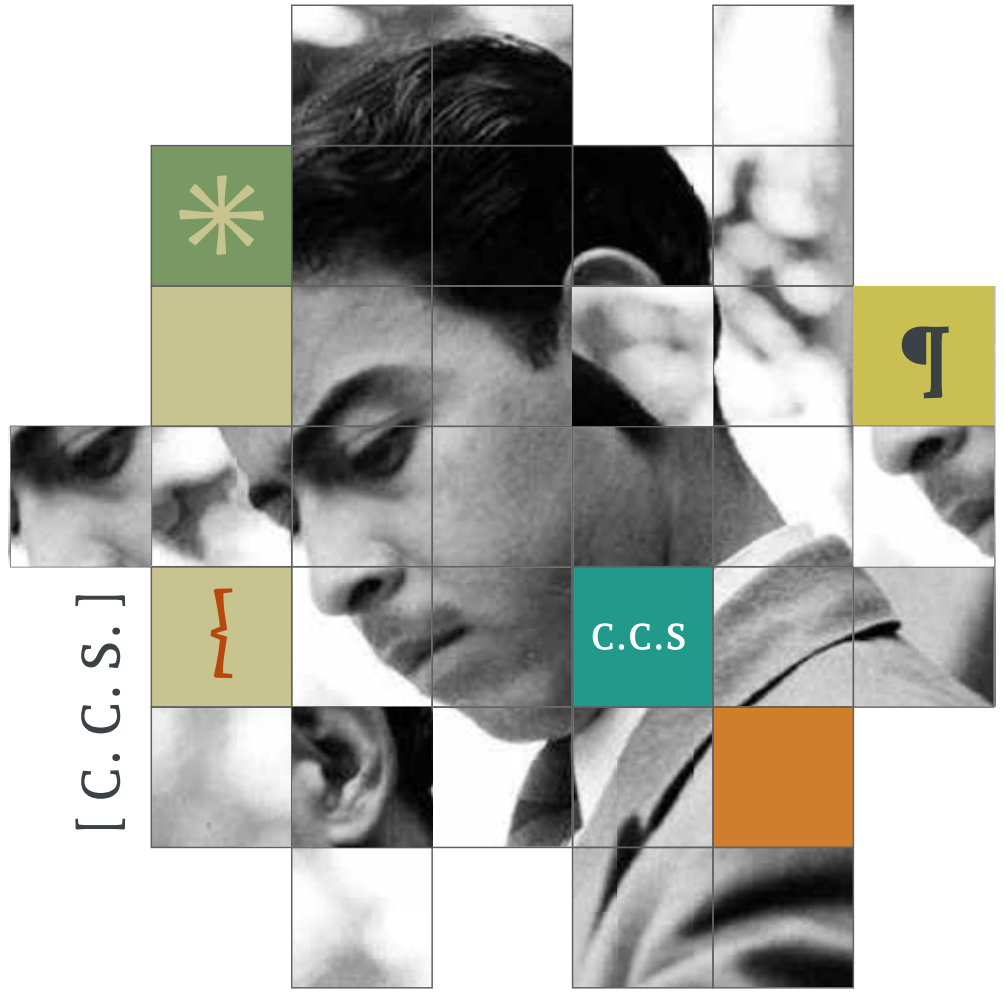
También cabría señalar alguna ausencia de fuentes muy contemporáneas, pero, una vez más, *El hilo que teje la vida* no tiene necesariamente un compromiso con la literatura académica y sus demandas bibliográficas. Cuenta, desde luego, con las citas y las referencias necesarias a los textos esenciales de nuestra historia, además de fuentes primarias y abundantes imágenes de distintos fondos documentales que, juntos, no muestran un solo hilo sino una urdimbre de maneras antioqueñas de ser y estar en el mundo.

Esteban Duperly

Medellín. Comunicador Social y Periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana, fotógrafo y escritor. Es autor de las novelas *Dos aguas* (2018) y *El medidor de tierras* (2023). Entre 2016 y 2020, fue Gestor del Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto. Actualmente cursa la Maestría en Historia de la Universidad Nacional, sede Medellín.

LA POESÍA EN LAS COLUMNAS PERIODÍSTICAS DE CARLOS CASTRO SAAVEDRA

Claire Lew de Holguín

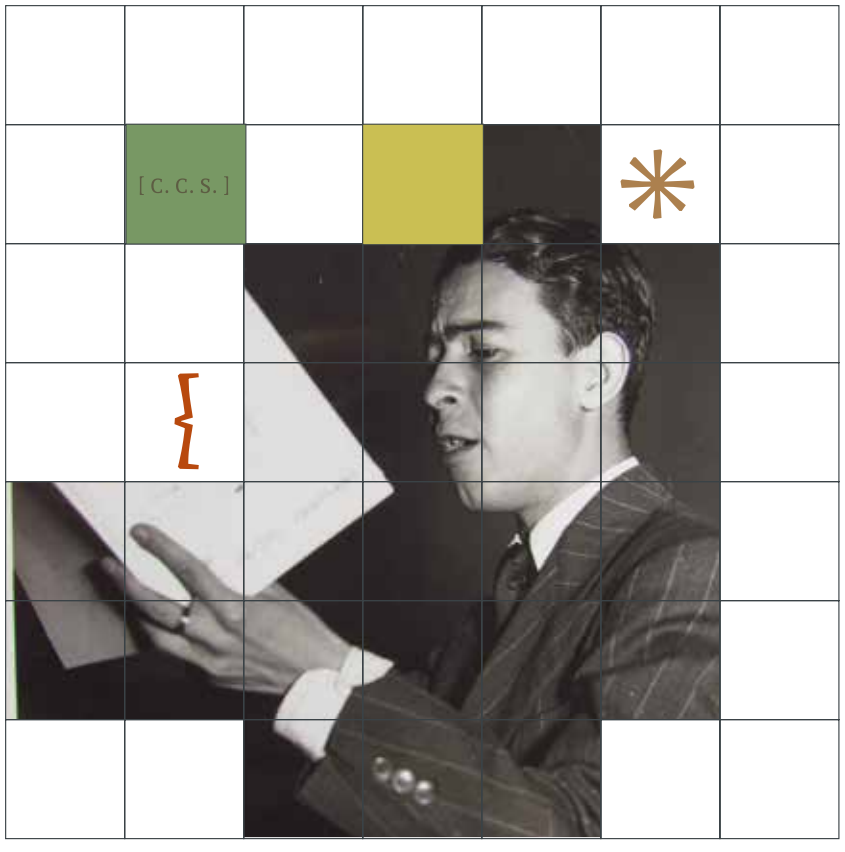


La palabra construye un mundo. El de Carlos Castro Saavedra nos devela el espíritu de las cosas. Al tratar de ordenar temáticamente sus columnas periodísticas, escritas desde 1943 hasta 1988, nos asombra la riqueza de su pensamiento, la diversidad de sus intereses. Tres mil artículos que abarcaban temas tan distintos como la agricultura, la civilización, la creación literaria, los derechos humanos o la ética política y social.

Nos encontramos, pues, con lo que escapa a las clasificaciones, lo poético. Basta recordar el nombre de sus columnas: “La voz del viento”, en *El Colombiano* y en *El Mundo*; “Zona verde”, en *El Tiempo*; “Otro amanecer”, en *El Correo*. En este texto nos aventuramos a recorrer y dividir su universo poético a partir de cinco categorías: las cosas y las casas, el tiempo poético, la botánica poética, los elementos mágicos y la oceanografía poética.

Las casas y las cosas

Cuando viajamos por Antioquia sorprende la alegría sembrada en canastas o materos en cualquier casa, por pobre que sea. Besitos, begonias, geranios, astromelias, claveles, acompañados a veces por largas melenas sembradas en tarros de galletas, en canastas improvisadas. Casas limpias y florecidas dan frescura al hogar, y entre la brisa y el frío antioqueño adquieren el ritmo de un balanceo, de un vértigo al son de sus flores.



¿Qué nos aportan las casas? Los indígenas lo saben: otro techo semejante **al cielo que nos cubre,** un centro de afecto, de vida cuando nos va bien. No solamente en la casa sino afuera, **se nos transmite la vida vecina.**

En la obra de Castro Saavedra asistimos al nacimiento, vida y muerte de las casas. “La casa se estremece con el viento y todos sus contornos se llenan de espesos perfumes, de hojas secas, de dalias moribundas, de fabulosas lluvias rojas, amarillas y azules —escribió el poeta en su columna “La casa de las flores”—. Pero en las alturas permanece la gran profusión de cálices abiertos y zarandeados por los inofensivos huracanes del verano. Hay realidades que se confunden con los sueños. Tal el caso de esta vivienda, la cual no parece ser de barro y madera y hierros oxidados, sino de poesía, de materiales puros, agrupados por el misterio, y por la fábula. Se siente un poco de miedo frente a tantas flores reunidas entorno de la casa. Se diría que la están asaltando, que la están presionando para que se derrumbe y se convierta en un montón de escombros perfumados” (*El Tiempo*, 1967).

Es cierto que las casas protegen a sus dueños de miradas curiosas. Cortinas, persianas velan sus ojos. También es cierto que las ventanas sirven para mirar afuera —afuera de uno mismo—; las ventanas son como los ojos y poseen la facultad, como intermediarios, de entregarnos memorias de transeúntes, paisajes, siluetas, gestos, películas mudas, o con vagos sonidos de canciones, pasos, palabras. De noche, escribe el poeta, “se dejan inundar por el sueño y se confunden con la oscuridad, la inacción y el olvido”.

En las ciudades colombianas, los techos hacen parte de la vida de las casas, acompañan en la pobreza cuando empiezan a romperse y “su llanto ruidoso o asordinado, se va por los desagües de latón, desciende por estos, hasta que es absorbido por la tierra o las raíces de los árboles, o se incorpora a las corrientes que tras largos viajes, llegan con los ríos al mar y sus vastos dominios habitados por buques, tifones, naufragios y flores azules, verdes o rosadas, en cuyos pétalos salobres hacen sus siestas los moluscos y sus bodas los peces y las algas... Techos vetustos de los pueblos y las ciudades que logran conservar, contra viento y marea, algunos de ellos, como testimonios de sus orígenes y sus historias más antiguas” (“Los techos de la casa”, *El Tiempo*, 1970).

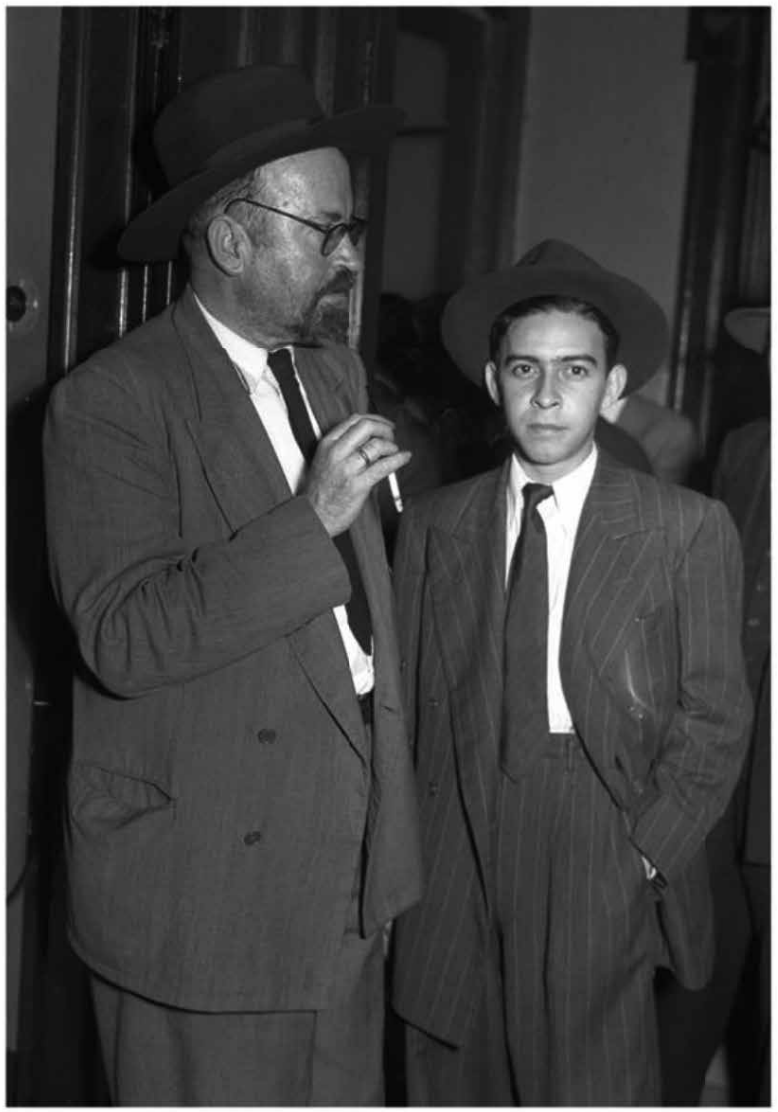
¿Qué nos aportan las casas? Los indígenas lo saben: otro techo semejante al cielo que nos cubre, un centro de afecto, de vida cuando nos va bien. No solamente en la casa sino afuera, se nos transmite la vida vecina. En los años sesenta existían todavía los lecheros y sus caballos, los porta-botellas de alambre retorcido: “La campanilla del lechero llega hasta el fondo de la casa con cierta premura tintineante y despierta la urgencia de salir a encontrar los frascos de la leche, y la mañana que se agolpa en las esquinas y los parques...”. Menciona también a la madre: “Oigo la voz de ella en la cocina, dirigiendo con suavidad, la marcha de los alimentos sobre el fuego y el hervor de la sopa, hecha con agua y sal, sustancias burbujeantes y trocitos de estrellas vegetales. Oigo también la lluvia que cae sobre el techo y tamborilea sobre las tejas, monorrítmica y amorosa. Lluvia pertinaz pero buena, candorosa y pacífica” (“Sonidos de la casa”, *El Tiempo*, 1970).

Los sonidos de la casa se transforman entonces en canción. Acompañan la vida de sus habitantes, de los alrededores, de sus paredes, cuadros y objetos. Las casas protegen el sueño de los moradores: “Cuando la casa duerme, bien sea por la noche o después del almuerzo, en la obligante hora de la siesta, sí que puede escucharse la canción, pues el silencio le permite elevarse callada, completa y misteriosa” (“La canción de la casa”, *El Colombiano*, 1977).

Los muebles, por su parte, nos acompañan buena parte de la vida, luego, si tienen suerte, los adoptan los parientes. Si no se cuidan agonizan y mueren. Carlos Castro Saavedra recordaba, a través de ellos, a las personas que vivieron entre ellos: “Las gentes que utilizaron los muebles mencionados y después los abandonaron para siempre dejaron en ellos su calor humano, el peso de sus cuerpos, la humedad de sus transpiraciones y sus lágrimas y el invisible brillo de sus dichas y de sus esperanzas... Entre la madera de los armarios hay perfumes que solo existen en el sitio mencionado

y palabras que allí mismo se ocultan y esperan pacientemente la resurrección de quienes las pronunciaron en el pasado para devolvérselas ilesas, tal como fueron dichas, en un instante de locura, de temor o de cariño" ("Los muebles antiguos", *El Colombiano*, 1971).

Carlos Castro Saavedra era un observador de la calle, de sus trabajadores, de la vida que contiene. El poeta se detiene cerca de su ventana y nos cuenta: "Posado sobre una mesa de madera, inmóvil y con los ojos fijos en la ventana por la cual alcanza a verse un pedazo de cielo —de cielo plomizo, invernoso— estoy viendo un pájaro de piedra, esculpido y trabajado por alguien que en este momento debe estar silbando en una calle, galanteando a una mujer o viendo llegar, con temor o con indiferencia, la visita de la muerte... Las alas abiertas pero pesadas, el pico duro y largo, impotente para volar y picotear las frutas maduras, y sin embargo un poco vivo, un poco anhelante en medio de su quietud y de su cautiverio" ("Un pájaro de piedra", *El Tiempo*, 1970).



Carlos Castro Saavedra y León de Greiff. Fotografía: Gabriel Carvajal. Archivo Fotográfico BPP.

Tiempo poético

En este país sin estaciones, el invierno y el verano dividen —a veces caprichosamente— el año. Un poco de sol y es verano, llueve y viene corriendo el invierno. Una batalla para ganar tiempo, entre inundaciones y sequías. En la columna "Las tentativas del verano", de *El Tiempo*, Castro Saavedra escribe: "En la mañana parece que el sol tiene asegurada su victoria, pues obliga las nubes a capitular, a rendirse ante cielos azules e increíblemente bellos, cuya luz, escandalosamente, se agolpa en los estadios y las avenidas, como para iniciar un desfile sobre toda la tierra, y provocar la caída de los regímenes grises y atrabiliarios... La verdad es que la tozudez del invierno fatiga, entristece, incomoda y empieza a derrumbar las montañas, con sus piedras y sus metales en formación, sobre los inocentes caminos de los hombres, y a interrumpir los viajes y a aplazar los abrazos de los que se aman y se esperan, anhelantes, en uno y otro sitio de la patria. Crecen las quebradas y los ríos, como si cumplieran muchos años, y se llevan los barrios pobres, entre sus barbas caudalosas, entre sus brazos navegables y largos...".

Estaciones, días con sus nombres repetidos semana tras semana y sin embargo cambiantes, impredecibles. El tiempo siempre escapa, se disfraza, sus horas nos parecen más largas o cortas según los acontecimientos: "Los lunes son más largos que sus compañeros, más activos, más tristes. Caminan lentamente hasta la noche... Los martes son como caminos que se acercan a una curva... Los miércoles se mueven con gestos de muchachos que se alegran un poco porque se sale de la infancia y se empieza a gozar con timidez de algunas cosas lindas y hasta entonces vedadas..." ("Los días de la semana, *El Correo*, 1971). Crecen los días como niños y el sábado ya son mayores, los pasan en fiestas, borracheras. El domingo es el descanso "sobre sábanas arrugadas por el amor y el sueño... y se escuchan de nuevo, al lado de la noche, los pasos de los lunes".

Carlos Castro Saavedra publicó en 1963 un libro de poemas titulado *Toda la vida es lunes* (Talleres editoriales Universidad de Antioquia, Medellín, 1963). El poema que le da el nombre precisa la falta de alegría, los trabajos pesados, las malas noticias que se extienden a todos los días de la semana, al recorrido de una vida: "No fue domingo nunca, compañeros,/ no fue posible descansar,/ ni sentir que los ríos/ se quedaron dormidos un momento/ en sus lechos de arena./ (...) Todos los días, todos,/ falta salud a los enfermos,/ paz a la guerra,/ sombra/ al tendido de sol,/ pan a los pobres,/ libertad a los presos,/ cine a los ciegos,/ música a los sordos/ y un poco de estatura a los enanos/ para alcanzar los labios de sus novias".

El poeta considera los meses como "hijos del tiempo y nada más". Diciembre, en especial, le recuerda "la infancia y la inocencia, la poesía candorosa de los primeros años y el estupor ante los sueños que se sueñan cantando villancicos y persiguiendo en las alturas, en el cielo sin nubes y a la vez sin orillas, el fuego de una estrella o de un globo que avanza a la deriva hacia un destino incierto" ("Aquí se habla de diciembre, El Mundo, 1986).

Diciembre, en especial, le recuerda "la infancia y la inocencia, la poesía candorosa de los primeros años y el estupor ante los sueños que se sueñan **cantando villancicos y persiguiendo en las alturas,** en el cielo sin nubes y a la vez sin orillas, el fuego de una estrella o de un globo que avanza a la deriva hacia un destino incierto".

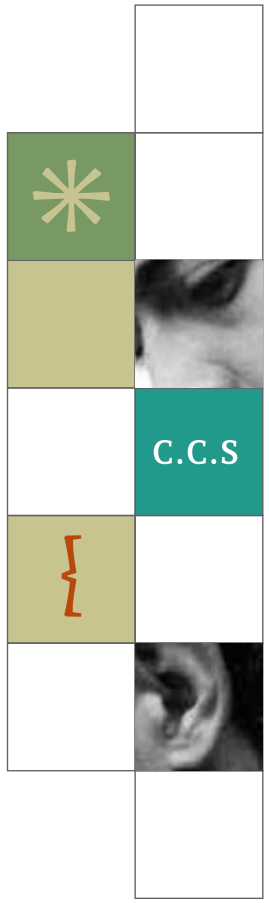
Botánica poética

La ecología nació en Carlos Castro Saavedra antes de existir esa palabra. La protección del medioambiente fue siempre su preocupación. El retorno de los pájaros, sus cantos, el crecimiento de los árboles y las flores de un guayacán sorpresivas cada temporada le encantaron. Los árboles, su destrucción lo afectaron siempre: "Pienso en antepasados vegetales, en abuelos y tatarabuelos con hojas, que sabían cantar con los pájaros, caminar con los caminantes, y que ahora duermen bajo la tierra o encima de la misma, convertidos en muebles pasados de moda o en puertas y ventanas que el comején devora activamente".

El poeta lo observa, ocupa su tiempo en algo que, al parecer, **es improductivo como los poemas**. Recordemos que también **era pintor** sin pretensión académica.

Le asombraban la resistencia, la fertilidad de ciertos árboles, el milagro de revivir cuando la muerte ha pasado por buena parte de sus flores. El poeta lo observa, ocupa su tiempo en algo que, al parecer, es improductivo como los poemas. Recordemos que también era pintor sin pretensión académica. Sus cuadros, en colores primarios, rostros inocentes inclusive en los animales, producían una suerte de encanto en los niños. Así es su escritura, directa, cuenta lo que ve, lo que siente, lo que sueña.

Las achiras son flores altas, erguidas, que nos acompañan a las entradas de las casas, trepan por los bordes de las carreteras, son familiares. Van y vienen según su tiempo de floración y el poeta está atento a su llegada. Nos cuenta cómo se fueron y cómo volvieron: "Hubo un tiempo en que colmaban el patio de la casa, pegadas a los muros, y allí mismo producían y agrupaban sus flores coloradas, sobre tallos y verdes como cuellos de cisnes vegetales... Se fueron como se van las visitas que permanecen largo tiempo en la casa —con flores bermejas en las manos— y desaparecieron al doblar la esquina e incorporarse con otras plantas y con seres inmóviles y horizontales en el reino de la inexistencia. Pero ahora volvieron las achiras a ocupar el espacio que abandonaron durante largos meses. Volvieron pequeñas, tímidas y en manos del jardinero que tiene los ojos húmedos y del mismo color de la tierra removida... Allí están de nuevo y por la noche cantan a su manera y muchos de los grillos que se acercan con la intención de hacerles daños se inmovilizan sobre ellas —hechizados por la canción que ellas mismas cantan— ("Volvieron las achiras", *El Correo*, 1971).



Los elementos, seres mágicos

Como los antiguos magos Carlos Castro Saavedra le atribuye al viento una personalidad humana: juega con los niños, los animales, vigila desde la altura las ciudades, canta y llora, gime a ratos y su paso recuerda el tiempo, la muerte. Recordemos que su columna periodística, tanto en *El Colombiano* como en El Mundo, así como su finca en el Oriente antioqueño, tienen el mismo nombre: "La voz del viento". Invisible y presente el viento, decía el poeta, toma formas: "Puede verse en las hojas de los árboles, en las ramas, en las copas que se balancean dentro del mismo viento, y parece que se fueran a derramar y a llenar la tierra de plumas y de pájaros..." ("El viento", *El Tiempo*, s.f).

Del fuego, por su parte, sacaba la inspiración: "Su residencia es todo el mundo, todo el hombre que grita o que dispara, todo el caballo que galopa, todo el perro que ladra, todo el manzano que se llena de manzanas maduras, todo el barco que cruza una bahía con su tripulación aletargada y con sus luces encendidas, y todo el viento que propaga y que incrementa incendios forestales" ("Residencia del fuego", *El Colombiano*, 1981).

Necesario y peligroso, protección contra las fieras, llama de velas que envían nuestros ruegos a los santos, muerte y dinamita.

El agua, en cambio, enemigo del fuego, es igual de imprescindible e inquietante. Y canta como el viento. En la columna "Elogio al agua", de *El Colombiano*, el poeta dijo: "El agua canta entre los cauces que la conducen hacia el mar, en el mar mismo canta, en los bosques y los tejados donde llega la lluvia, y lo mismo en los surtidores que adornan las glorietas y los parques. Canta también entre las tuberías y entre las bocas de los hombres, porque agua es la saliva y la música que se oculta en la garganta y la lengua" (1982).

En 1988 publicó el libro *Agua viva*, poemas sobre el agua con fotografías de Diego Samper Martínez tomadas en el Amazonas. Hay en esa obra leyendas del agua en el mundo, de los países andinos y de sus lagunas, ríos, charcas. Habitantes medio humanos, medio peces como los delfines rosados del Amazonas: "Fresca es la voz del agua y llena de ternura. La voz con que relata sus aventuras, sus infortunios, sus trajines domésticos, sus alegrías y sus siestas en las cuencas de los remansos, donde se duerme como un pájaro circular o con forma de arpa, sobre un nido de arena y piedras lisas" ("Las historias del agua", *El Colombiano*, 1971).

Oceanografía poética y mitos

El mar atrajo siempre a Carlos Castro Saavedra. En su libro *Escrito en el Infierno*, de 1953, relata su primera impresión del mar cuando viajó a Europa y los países socialistas para asistir al Congreso abierto por el Comité de la Paz en Colombia. "Recuerdo el viento grande,/ el viento músico y marinero:/ trabajaba en los cables/ con los hombres de a bordo,/ y con los mismos hombres/ cantaba entre las jarcias y las lonas;/ recuerdo el mar con viento,/ con viento y con estrellas,/ que caían en los ojos y en el pelo/ de las pasajeras nocturnas" (1953).

El poeta recrea en sus columnas la mitología del mar en la creación del mundo: "La tierra, en un principio era sólo tierra, casi fuego tendido sobre piedras en formación y lagartos sedientos y en formación también" ("Nacimiento del mar", *El Correo*, 1971). "Pero cuando el primer hombre derramó la primera lágrima, tal vez atormentado por la idea de que iba a morir achicharrado por el clima infernal que lo rodeaba, nació el mar. Esa primera lágrima fue el mar en miniatura, el mar que con el paso de los siglos sería lo que es hoy: un gigante más grande que la tierra, alimentado por ríos y las tributaciones de la lluvia".

El segundo viaje del poeta fue en 1953 cuando visitó a Pablo Neruda, quien es inseparable del mar. Su casa era un barco transparente donde vivía junto a su esposa Matilde. Para rematar este viaje por la poesía de las columnas periodísticas tenemos la descripción de Carlos Castro Saavedra del que fue su amigo: "Neruda en Isla Negra, viendo morir el mar, unos pocos instantes, sobre el lecho de arena de las playas, caminando entre riscos y medallas saladas, alcatraces y restos de navíos, vientos huracanados o indulgentes y mariposas amarillas de la misma familia de las que vuelan por las páginas de *Cien años de soledad*. Y los versos de Pablo Neruda: "Compañeros, enterradme en Isla Negra, / frente al mar que conozco, a cada arena rugosa de piedras/ y de olas que mis ojos perdidos/ no volverán a ver...".

Claire Lew de Holguín

Chartres, Francia. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de la Sorbona. Fue profesora de Artes en los cursos de verano de la Universidad de Washington. Ganó el concurso de cuento del Instituto Politécnico Jaime Isaza Cadavid con *el libro de cuentos* (1988). Autora del libro *El venado de madera* (1989). Durante años estuvo a cargo de los Archivos personales de la Biblioteca Pública Piloto, especialmente, del Fondo Carlos Castro Saavedra.

(1924 - 2024)

CARLOS CASTRO SAAVEDRA

Aldous Huxley escribió alguna vez que la fama era algo sobre lo que los autores literarios no tenían ningún control. Va y viene al arbitrio de circunstancias heteróclitas y complejas por fuera del alcance de sus voluntades. Y si este aserto vale para los escritores vivos, desde luego lo es más para los de consideración póstuma.

En este sentido, y para quedarnos en casa, se puede señalar el ejemplo, no precisamente tomado al azar, de Germán Espinosa, triste y alarmante por su condición de escritor sobresaliente en el país y con reconocimiento internacional, y a quien a pesar de haber muerto hace pocos años (2007), le ha caído demasiado pronto "el cenizo", el silencio, bajo el inri de "escritor descatalogado" que le han colgado los editores cuando se pregunta por obras suyas en las librerías.

La vigencia contemporánea del poeta Carlos Castro Saavedra, cuyo centenario de nacimiento celebramos en las páginas de esta publicación, vive hoy en día entre los lectores colombianos de literatura una problemática aún más enrarecida que la del escritor cartagenero que acabamos de mencionar. Los dos padecen el culto a la actualidad que rige el mercado del libro en los días que corren: los temas de uso – sicariato, narcotráfico, guerrilla, paramilitarismo, farándula–; los premios como canon primero y la imagen publicitaria del escritor, no ligada a los valores intrínsecos de su obra, como debería ser, sino a elementos que "venden" publicitariamente como resaltar sus aficiones personales, deportivas o de otro orden (música, cocina, coleccionismo, etc.), ocuparse de excentricidades en la forma de vestir y vivir, y aun de la intimidad personal cuando ofrezca elementos de escándalo.

También los gustos literarios predominantes en la actualidad tienen lo suyo en esa distancia del lector de hoy, sobre todo del joven, con la obra del poeta que celebramos en esta oportunidad. Incluso entre quienes los leyeron y reconocieron como buen poeta cuando Castro Saavedra aún vivía, ha brotado un silencio, una neblina de desinterés que no le hace justicia a los valores perennes y entrañables de su quehacer creativo. Esto que digo no es una afirmación gratuita. Lo acabo de experimentar. Entre conocidos y allegados a *Escritos desde la Sala* a quienes recurrí para explorar la posibilidad de que escribieran un artículo sobre cualquier faceta de su obra, ninguno –excepto Claire Lew, que fue quien dio comienzo a la organización del Fondo Carlos Castro Saavedra, donado por su familia a la Biblioteca Pública Piloto– manifestó decisión de escribir algo.

Pero en rebuscas en la Sala Antioquia encontré compensación suficiente al dar con palabras que le fueron solidarias mientras tejía su red luminosa sobre el mundo, y que escribieron Pablo Neruda, Eddy Torres, Manuel Mejía Vallejo y Jorge Montoya Toro, que inauguró su serie de *El Arco y la Lira* con el cuadernillo *El buque de los enamorados*, donde reúne poemas de Carlos Castro Saavedra, bajo el modelo editorial

que en los años cuarenta creara el abogado costeño Carlos Henrique Paredes con sus "Cuadernos de Simón Latino", donde divulgó poesía hispanoamericana. En la contraportada aparece una nota del editor, con la que abrimos algunos de los comentarios encontrados en nuestro rastreo[1].

A estas páginas dedicadas al poeta —que abarcan una selección, aunque escasa, "muy representativa" de su producción, como se acostumbra a decir, por lo menos esa ha sido nuestra intención— las anima una voluntad de puerta entreabierta hacia una obra que merece ser revisitada o visitada por primera vez. Su rica diversidad formal, que además de la poesía en verso incluye la escrita en prosa, el teatro, la novela y el cuento infantil; la amplitud de líneas temáticas tratadas nacidas de una aspiración a dar cuenta de la experiencia total del hombre, y el cáñamo de delicado lirismo que la atraviesa y cohesiona en un encantador tono menor intimista que quiere siempre eludir la altisonancia, hace de su obra un lugar interesante, perenne y humanamente reconfortante, que hermana a los hombres y les da su mejor dignidad: la que solo puede dar la poesía.

El editor
Envigado, 18 de octubre de 2024

La Biblioteca Pública Piloto fue una casa para Carlos Castro Saavedra. El fondo editorial de la institución publicó algunos de sus poemarios más entrañables: *Las jaulas abiertas* (1982) y *Jugando con el gato* (1986). En 2002, en coedición con la Secretaría de Educación Municipal y el Concejo de Medellín, fueron publicados los libros *Poesía*, *Elogio de los oficios*, *A los niños de Colombia y Escritos sobre literatura y arte* (2002).

[1] De paso, estas notas de Jorge Montoya Toro en la contraportada de los cuadernillos de *El arco y la Lira* permanecen a la espera de un editor que venza su dispersión agrupándolas en un volumen. Lo merecen por el conocimiento de la poesía en lengua castellana que demuestran y por la precisión poética y conceptual que manifiestan sobre el mundo y el lenguaje de cada uno de los autores publicados. Sería un texto muy útil y bello de consulta.

Los versos y los días

Todos se han ido ese domingo
y me he quedado solo en el hogar.
El silencio se ha entrado a las alcobas
y parece dormido sobre los lechos blancos.
Solo se escucha un hilo de agua dulce
que teje su destino de humedad en el patio.

En esta soledad henchida del domingo
he leído otra vez mis versos más lejanos;
aquellos versos que yo escribía bulliciosamente
y que mi alma infantil llamaba mis poemas.

Pobres versos ingenuos,
hechos con las primicias en mi fuego.
Pobre mi corazón que los hizo cantando
y puso toda su esperanza en ellos.
¿Más qué puedo yo hacer
si es ley que todo muera,
si el domingo también está muriendo?

El sol calladamente
se ha ido del umbral de mi aposento,
y a encender las estrellas
a los tejados se ha subido el viento.

Nueva petición

Cuando me muera sepultad mis huesos
en tierra laboriosa y colombiana,
para que el campesino, una mañana,
me riegue con sus cantos y sus rezos.

Quiero que mis despojos y recesos
sean devueltos por la tierra arcana
convertidos en zumo de manzana
y en corteza de pinos y cerezos.

Quiero que la semilla de mi muerte
multiplique los panes, de tal suerte
que se vuelva dorada la existencia,

y que mi corazón, como una espiga,
por los caminos de la tierra siga
esparciendo mi luz y mi presencia.

El día del ocio

Hoy no quiero hacer nada:
ni siquiera cantar
y ver que mi canción
se la llevan los pájaros
en su pico dorado.

Hoy quiero reposar
y sentir que mi sangre
se duerme entre mis venas.

Quiero tenderme sobre el pasto
a soñar que mi cuerpo
es un leño arrastrado por un río
de silenciosas aguas
y confusos recuerdos.

Me provoca mirar, solo mirar,
el paso de las nubes por el cielo
y de los animales por la tierra.

Hoy siento que mi piel
es un destino tibio,
por donde cruzan caravanas
de besos y de flores.

Es difícil vivir

Nadie puede afirmar que el corazón
regala su sonido y sus palpitaciones
y que basta con caminar, con dar un solo paso,
para entrar a la dicha y a la música.

No es verdad que cantar es un dulce ejercicio
y ver atardecer una faena que no duele.
duele hasta construir una pequeña célula
mientras dormimos y esperamos
la paz que nunca llega.

Elogio de las islas

Es ejemplar la lucha de las islas,
el esfuerzo que hacen diariamente
para cerrar el paso al mar
y evitar que las olas
se lleven a los niños
en sus caballos blancos y mojados.

Siempre me parecieron laboriosas las islas
y hombres que las habitan
y los pájaros que las aman
y abren sus alas sobre las palmeras
y los embarcaderos.

Las islas hacen cosas
transparentes y frescas:
producen aves, elaboran viento
y soplan sobre el pan que sale de los hornos
y sobre los pescados
que mueren con la boca llena de dinamita.

Amenazadas siempre por la sal del océano
y la codicia de los tiburones,
pero tranquilas en sus tronos
de algodón y de arena.